

LA CAZADORA PERSEGUIDA De cómo temas y personajes acechan la investigación*

Ana María LASSALLE

Toda vez que he presentado una "historia de vida" al público santarroseño, alguno de los asistentes dispara la pregunta: ¿Y Ud., cómo elige a sus personajes? A veces el abordaje se produce al cabo de un acto de presentación. Puede pasar que reciba llamadas telefónicas nocturnas desde otras poblaciones, que me detengan en la calle o quede atrapada en la cola del Banco. Esta pregunta conlleva las más de las veces un reproche velado, que en buen castellano sería: ¿Por qué la tatarabuela de mi vecino y no la mía?

Como resultado de la formación recibida de mi padre, que no solamente creía en la duda metódica sino que desconfiaba sistemáticamente de las instituciones educativas, crecí incapaz de responder sin cuestionarme a cualquier pregunta que se me formulase. Nada me fue inculcado y, por otra parte, para él todo resultaba "relativo". Esto me ha convertido en una pésima votante y una peor entrevistada. Y suelo necesitar largo tiempo de reflexión antes de arriesgar un sí o un no. En este tema en particular el problema se plantea a partir del propio interrogante. *A priori*, no me animaría a afirmar que soy yo quien elige los temas y personajes de mis relatos. De hecho, más de una vez, con Pastora Ares, Lucía Baudaux, Carolina Beanatte, Carola Lorenzini, he sentido que son ellas las que me han inducido a la narración y más aún: estoy casi segura de que fueron ayudadas por el vecindario santarroseño y otros pobladores pampeanos.

* Este trabajo fue preparado para ser leído durante el acto de presentación de *La Aljaba* (Vol. II, 1997) en el marco de las VI Jornadas Interescuelas-Departamento de Historia, organizadas por la Facultad de Ciencias Humanas de la UNLPam, 1997.

Para ilustrar lo dicho, tomemos el último caso que me ocupa. De Madame Soulié -en realidad María Eugenia Jour de Soulié- me hablaron algunos miembros de mi familia política por los años sesenta (había sido colega de mi suegra, Emma Torres, entre 1914 y 1924 en la Escuela Normal Mixta de Santa Rosa) y, por algún motivo, se introdujo en mí con tal fuerza que terminó en uno de los pocos poemas que escribí en aquel entonces: *Santa Rosa te amo*. Ese poema fue escrito mientras yo me desempeñaba en *La Arena* como secretaria de redacción (1968-69), un oficio que hasta ese momento habían ejercido únicamente hombres muy combatientes: intelectuales, socialistas, comunistas, cooperativistas, etc.; mi presencia en el cargo se había convertido en un hecho verdaderamente insólito en la historia del diario. Además, para variar, estábamos en un período de “gobierno de facto”, que es como algunos argentinos llaman a las dictaduras, y era preciso encontrar caminos alternativos para expresar ideas sin terminar encarcelada. Uno de ellos era escribir sobre acontecimientos y personajes del pasado -que es una manera muy efectiva de referirse al presente- y creo que fue entonces cuando se despertó mi interés por las “historias de vida”.

En aquel poema escribí el apellido “Soulié” como si se tratara del vocablo “zapato” -(*soulier*) en francés, con una “r” final y sin acento sobre la “e” inicial- y, naturalmente, asocié al personaje con el célebre cuento de hadas.

“(…) Que vivía en una casa y no en un zapato” dije entonces de Eugenia, en un juego de asociaciones, sin conocer de su vida nada más que un detalle: como yo, se había ganado la vida como profesora de francés. De hecho, había sido la primera en dictar el idioma en la flamante Escuela Normal Mixta, la más antigua de los territorios nacionales. Con el correr de los años, los vecinos me contaron otros sucesos: un día, uno de los muchachos (hay quien dice que fue Carlos Mattiauda, y otros, que uno de los Parada) la esperó con un sapo paseándose en el aula y ella, sosteniéndolo sobre su palma izquierda al tiempo que lo acariciaba y le susurraba “*mon pauvre crapaud*”, lo transportó suavemente hasta el jardín y siguió con su clase como si nada. Huelga decirles que a mí este episodio me pareció ex-

traordinario -tal vez porque soy incapaz de tocar un sapo- pero, sinceramente, reconozco que no era suficiente como para iniciar una investigación. Siguieron contándome toda clase de historias sobre Madame Soulié: que los varones le habían puesto “nevado” de carnaval, en su silla, y las chicas la habían defendido; que borraba el pizarrón con los guantes y por eso los tenía siempre agujereados; que caminaba con energía, sin ninguna *charme* y sin preocuparse por lo que llevaba puesto; que hablaba media docena de idiomas incluido el esperanto. Con el correr del tiempo, una dama muy graciosa perteneciente a lo que *La Capital* llamaba en los *twenty* “las principales familias del medio” -y por eso sumamente interesante como informante- me contó en la vereda de la Alianza Francesa, con gran secreto, que a ella y sus compañeras les habían confiado (por los años 30) que el esqueleto que utilizaban en las clases de Anatomía de la Escuela Normal Mixta era el de Madame Soulié. El hecho de que su cuerpo descansase en los “nichos antiguos” del cementerio, rodeada de placas demostrativas, en un féretro apenas separado del observador por un simple cristal, no alteraba para nada su convicción.

Sin embargo, como las anécdotas, los dichos, los murmullos y hasta los disparates poseen “significaciones”, cada día me sentía más involucrada. De hecho, si coincidía con Giddens en que la cultura es esencialmente un concepto semiótico, si el hombre está “inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido”, si ella constituye una suerte de “urdimbre” a desentrañar, lo razonable era buscar una explicación para este insistente relato oral colectivo. Además, no podía ignorar las voces del pasado. Sentía que debía intentar cumplir, en parte, el compromiso tomado con la comunidad de pertenencia, al que me he referido en una ponencia ya publicada en la que se trataba de explicar los efectos que se producen en el investigador y en la propia investigación cuando se estudia un pasado que se comparte con los demás pobladores. Se tiene la ventaja de la comprensión de los mensajes, de los códigos, de las “guiñadas”. Y como a medida que se avanza en trabajo se profundizan los sentimientos de afiliación y pertenencia, es posible aprovechar esta toma de conciencia y revalorización de la propia identidad en

beneficio de la tarea emprendida. Severyn Bruyn asegura que “para comprender los valores ideales y mitos humanos (...) es preciso conocerlos „monísticamente„, es decir por medio de la identidad personal”.

No pasaba semana sin que pensara en Eugenia y reconociera que, en cierto modo, no sólo me identificaba con ella, también formaba parte de mis recuerdos. Durante el “Proceso” y como resultado de la “ley de prescindibilidad”, la Alianza Francesa de Santa Rosa terminó siendo mi único lugar de trabajo. El sueldo no era alto y las jornadas, larguísimas, se prolongaban en casa con alumnos particulares y trabajos periodísticos a destajo. A algunas de las clases, generalmente las que terminaban muy tarde por la noche, las dictaba en la Biblioteca de la institución, que lleva el nombre de Madame Soulié. Sobre la pared, un marco antiguo y ovalado (desaparecido o robado poco antes del cambio de directora) enmarcaba el retrato de Eugenia Jour de Soulié, en una pose de época: apoya el rostro en una mano y el codo sobre una mesita de mimbre, de patas altas. Con la otra mano mantiene un libro abierto, de los varios esparcidos frente a ella. Sin embargo, en esa foto coloreada, de grandes dimensiones, Eugenia no leía, parecía mirarme a mí, dándome aliento. Esa mirada me permitió, día a día, terminar mi clase nocturna sin desfallecer ni autocompadecerme. Durante 10 años, nunca me abandonó. Aunque sospecho que lo hubiera hecho si mi intervención docente hubiera dejado que desear. En 1986 pude reinsertarme en el circuito de la educación pública y retomar mi profesión, que fue la suya.

Una foto decisiva

Con el correr de los años, las historias sobre Eugenia Jour se sucedieron desgranadas por un coro de voces vecinales. Cuando al fin resolví “tomar el toro por las astas” y escribir sobre ella, aunque apoyándome no sólo en los testimonios orales sino también en otros documentos, tropecé con dos fotos especialmente impresionantes. En ambas, Eugenia aparecía rodeada de hombres. La clase de hombres conspicuos a los que los franceses llaman “los notables” porque ocupan espacios de

poder. ¿Qué hacía esta única mujer sentada entre estos hombres? La más antigua de las fotografías la muestra durante un día de campo, junto a un envejecido don Tomás Mason (considerado por unos el “fundador” de Santa Rosa y por otros, el arbitrario “dueño” del pueblo), custodiada por el Dr. Oscar Camilión, Manuel Ávila (el rector del Colegio Nacional), Díaz, Rojas, Arnaldo Correa (el secretario del Colegio Nacional), el médico Lucio Molas y el Dr. Clemente Andrada (director de la Escuela Normal Mixta). La segunda, que calculamos tomada en 1917, registra la composición del grupo fundacional de profesores del Colegio Nacional de Santa Rosa. Allí también es la única mujer visible: Madame Soulié y el rector Manuel Ávila están sentados; los doctores González Costa y Sixto Rodríguez, Arnaldo Correa (el secretario) y el profesor Domingo Figueroa Rojas, parados en abanico. Contra su costumbre, se la ve vestida cuidadosamente; la escenografía es ampulosa y los hombres portan trajes oscuros. Sin duda la ocasión era solemne. Madame Soulié se muestra segura de sí misma. En ninguno de estos hombres se insinúa un ademán protector. En una época que no favorecía la autonomía femenina, ella parece ocupar un sitio de igualdad entre sus pares. Al fin y al cabo, se trataba, como ellos, de un jefe de familia.

Repasemos su historia

Eugenia Jour había nacido en 1859, en Decazeville, Aveyron, al sur de Francia, en el seno de una familia minera más o menos jerarquizada -su padre era *puddleur*- donde se la vislumbra “formada para seguir formándose el resto de su vida” (MAYOL). Alrededor de los 16 años ya había conseguido su *brévet élémentaire*, un diploma que la habilitaba para la enseñanza primaria. Para obtenerlo era preciso aprobar una serie de exámenes, para los que fue preparada por una de sus tías que pertenecía a una orden religiosa. Este título, probablemente expedido en Toulouse, y su formación musical determinaron que fuera elegida para desempeñarse como institutriz en el castillo de una familia de nobles franceses, para la educación de dos niñas. Cuatro años más tarde, la familia Supervielle (la de los

banqueros uruguayos), amiga de sus empleadores, la contrató para que educara a sus hijos en la estancia que poseía a “8 horas de carreta de Montevideo”. La tradición familiar considera este período de ostracismo como el más fructífero en lo que a su autoformación se refiere. Más tarde fue institutriz en lo de Sánchez Sorondo (los chicos la adoraban y, de adultos, se mantuvieron en contacto con ella) y trabajó en La Plata para la familia de Julio A. Costa, el gobernador de la Prov. de Buenos Aires. Llegó a La Plata con su marido, el profesor de Filosofía y Letras Adolphe Soulié, que era escritor. María Eugenia conoció a su futuro esposo durante unas vacaciones pasadas en Francia, luego de su estadía en lo de Supervielle y antes de retornar a la Argentina. Cuando se casaron, el 27 de junio de 1887, él vivía en Toulouse, cabecera académica de la región, y tenía 24 años (tres menos que su novia). Su matrimonio duró hasta la muerte de Adolphe, en 1904. Eugenia “contaba con una educación clásica con la que no se conformaba, ya que al mismo tiempo que trabajada, se capacitaba (...) llegando a dominar además del latín, el griego y el francés, su lengua materna, el español, el inglés, el italiano y el esperanto” (MAYOL). En La Plata pasó a dirigir sus propias instituciones destinadas a la educación de la oligarquía rioplatense dejando una huella perdurable. Al final de su vida y luego de un breve período en el que desarrolló la docencia estatal en General Pinto (Bs. As.), desembarcó en Santa Rosa en 1914 para hacerse cargo de las horas de francés en la Escuela Normal Mixta que acababa de crearse a partir de la antigua Escuela Normal Rural. Tenía 55 años.

Había sido tan tremenda su actividad en La Plata que el destino santarroseño se parecía bastante a un premio. Además, tendría vacaciones pagas, derecho a licencias por enfermedad; podría jubilarse. Lo que no estaba en condiciones de permitirse era dejar de trabajar. Tenía cuatro sobrinos a los que alimentar y educar.

Los Jour

La perduración de Madame Soulié en la memoria de los pobladores está ligada a la historia de sus cuatro sobrinos: los Jour. Luis, Máximo, Margarita y Carlota Jour eran hijos de un

hermano de Eugenia, Honorio, doce años menor que ella. Honorio, agricultor de oficio, llegó a la Argentina en 1902 acompañado de su mujer Antonia y dos de sus hijos: Máximo y Luis. Se dice que estaban al borde de la inanición. Afrontaron el viaje dejando en Francia a dos varones con los que nunca se reencontraron. Aceptó un trabajo de jornalero en la floreciente colonia francesa de Pigüé soñando con llegar a ser propietario. Según los investigadores de la Universidad de Toulouse, autores de *Les Aveyronnais dans La Pampa*, veinte años antes esto hubiera sido posible. Honorio pasó por La Plata para entregar a Eugenia y a Adolphe Soulié a su hijo Máximo, que tenía sólo tres meses y estaba gravemente enfermo. Ellos lo recibieron y lo criaron como al hijo propio que no habían llegado a tener. Los Jour siguieron viaje a Pigüé acompañados solamente por el pequeño Luis, de cuatro años.

Para los Jour, la experiencia argentina fue un verdadero desastre. Tipifican a los pioneros que no "hicieron la América". Vivieron en Pigüé en las peores condiciones. Antonia tuvo dos hijas -Margarita y Carlota- antes de sumirse en una depresión incurable que la obligó a ser internada en el Melchor Romero donde murió muchos años más tarde. Con infrecuente generosidad (ya era viuda) Madame Soulié tomó a las dos niñas a su cargo. Cuando bajó del tren en Santa Rosa traía tres niños tomados de la mano: Max, Margarita y Carlota Jour. Nunca se les dijo la verdad. Crecieron creyendo que su madre había muerto.

Luis Jour

En 1913 Honorio falleció en Pigüé, en condiciones miserables, liberando a su hijo Luis Jour de la pesada carga que seguramente significó acompañarlo. Luis, ya un jovencito muy alto, delgado y con las cualidades de un sobreviviente, fue invitado por Eugenia -siempre generosa- a vivir en Santa Rosa. Terminó su escolaridad primaria y se preparó para el ingreso a la Escuela Normal Mixta ya que quería ser maestro como sus hermanos. En 1916, a un paso del comienzo de las clases y ocultando su verdadera edad -aún no había cumplido 18 años-, partió al frente de guerra en Francia adonde se quedó un año, después de firmado el armisticio, para terminar con su servicio mi-

litar. Ingresó a la carrera del Magisterio en 1920 y cuatro años más tarde obtuvo su título al que sumó el de Bachiller, rindiendo libre las materias en el Colegio Nacional de Santa Rosa. Luis, probablemente a instancias de su tía, mantuvo el secreto familiar. Fue fiel a la palabra empeñada y silenció el destino de Antonia.

El escritor atrapado

La historia de Madame Soulié (y por contraste de sus destinos, la de su hermano Antonio) tenía todas las condiciones para atraparme en sus redes. Cuando por vía del texto se devuelve el poder a la memoria, cristalizándola en un relato que a no dudarlo dará origen a otros, nos remitimos por lo menos a tres campos de identidad: el individual, el de la comunidad y el nacional.

Este relato en realidad no nos pertenece: es patrimonio de innumerables personas. Ha sido desgranado por un coro de voces provenientes del pasado y también por aquéllos que lo han documentado en las actas de los registros civiles, en los diarios, en las fotografías, en los libros.

A medida que avanzaba en la escritura del trabajo -que tomó, sin ninguna advertencia, la forma de una *nouvelle*- iba comprendiendo que inscribir una experiencia individual en el pasado común constituía un reencuentro con la memoria colectiva. Esta memoria está jalonada por los mitos. Tiene razón Marie-Françoise Chanfrault-Duchet cuando afirma que en el relato de vida la memoria colectiva funciona, por el sesgo de los mitos, como *medium*. Estos mitos operan y se organizan según códigos simbólicos en sistemas de representaciones y pueden ser narrados. Como afirma la misma autora, tejen la identidad de la comunidad y de la nación; ponen en juego cuadros ideológicos y se organizan según los ejes de la relación de identidad.

Eugenia movilizaba mis propios sentimientos de filiación y pertenencia: era francesa como mis antepasados, profesora de idiomas, lectora voraz, se había casado con un escritor, había nacido en Decazeville (pueblo que antes se llamó Lasalle), había sido (como yo) librera, respondía a *la imago* del docente que portaba en mi interior, creía en la autoafirmación, yacía en La Pampa.

Pero también reflató el pasado colectivo y convocaba a sus mitos.

Era el arquetipo de una auténtica *self-made-woman*.

En el pueblo la llamaban *Madame je sais tout* (la señora sabelotodo) y así era percibida.

Con cierto humor, se había ocupado de que la consideraran una *verdadera dama* (en una ocasión rechazó el par de guantes que querían regalarle sus alumnas explicándoles que los guantes gastados distinguían a las damas arribistas que, por falta de uso, los tenían siempre nuevos).

Su vida estaba indisolublemente ligada al nacimiento de dos establecimientos fundantes de un modo de educar: la Escuela Normal Mixta y el Colegio Nacional de Santa Rosa.

Compartió con sus colegas ideas provenientes del positivismo que consideraban la estabilidad, el orden y el progreso como bienes morales, inculcando el respeto a las leyes y el consenso social, la defensa de la patria, el honor y el valor de la vida. (Será tarea de otros investigadores aquilatar la perduración en la sociedad pampeana de esta intervención docente).

Poseía cualidades simbólicas para los inmigrantes: el saber como posibilitador del ascenso social y constructor de la autonomía personal.

Se la visualizaba como la heredera de una ideología que reivindicaba los derechos de la mujer y los ejercía en tanto accionaba públicamente entre sus pares -los otros profesores, los inspectores, los ministros-, de igual a igual.

Se permitió llegar a Santa Rosa sin marido visible y con tres niños de la mano. Consiguió ser reconocida como jefa de familia y no dio tregua a sus sobrinos hasta asegurarse de que por lo menos- serían maestros.

Impulsó a su sobrino Luis a participar en la Guerra del '14. Esta circunstancia lo convirtió en un personaje épico y dio lugar a nuevos mitos. Éstos, a su vez, dieron nacimiento a escenas codificadas que reproducen la iconografía de la Guerra del '14 tal como se ha depositado en la memoria colectiva. Una de ellas: Madame Soulié tejiendo rodeada por jóvenes santarroseñas y enviando paquetes de prendas de abrigo al frente.

El mito del héroe de la Guerra del '14 que rodeaba a Luis Jour fue a su vez alimentado durante largo tiempo por la exposición de su uniforme y otros atributos simbólicos: el correa, las cartucheras, la cantimplora, las polainas en las vidrieras de Santa Rosa y General Pico.

Ocultó, por lo menos a tres de sus sobrinos, la enfermedad mental de la madre, para impedir que fueran marginados o que se vieran imposibilitados de formar una familia.

La vigencia de estos mitos en la sociedad pampeana es una respuesta pendiente, como lo es su valoración.

La cazadora perseguida

Al escribir la *nouvelle* sobre la Santa Rosa de Madame Soulié intenté ir más allá de la historia de una vida, puesto que las personas no pueden ser consideradas una abstracción sino que se hallan insertas en un complejo de relaciones sociales y nacen dentro de un sistema de significados (Jerry KIMERY).

Esta fue además la única manera que encontré para dar entrada en el libro no sólo al grupo de pertenencia de Madame Soulié. También, entre los innumerables, incluí a los crotos, a los socialistas, a los criollos y a los aborígenes, a los surrealistas y a los pacifistas, a las mujeres y a los niños, a los dinamiteros de Tandil, a los milicos y a los huelguistas de Salinas Grandes. Y a mí misma.

Ya no tengo ninguna duda de que fueron voces del pasado las que me obligaron a emprender esta tarea y descubrir que los escritores estamos habitados por otros. "Yo convivo con ellos y tal vez solamente soy en ellos" dice el poeta Atilio Castel-poggi.

.....
Ser escritora es un oficio solitario. De hecho una pasa varias horas al día con la sola compañía de la pluma, la máquina de escribir o la computadora.

Pero esa soledad nos es necesaria para comprender que hemos sido creados por otros, que los libros tienen cientos de autores, que son, en suma, una obra colectiva.

Sea como fuere, así fue que pasamos del sapo a la investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- AUSTER, P., (1992), "Entrevista con Larry McCaffery y Sinda Gregory", en *El arte del hambre*, Edhasa.
- BRUYN, S., (1972), *La perspectiva humana*, Amorrortu editores.
- CASTELPOGGI, A. J., (1992), "Notas del autor", en *El exilio de mis personajes*, Editorial Vinciguerra.
- CAMBRAULT-DUCHET, M. F., (1990), "Mitos y estructuras narrativas en la Historia de Vida. La expresión de las narraciones sociales en el medio rural", en *Historia Oral*.
- GIDDENS, A., (1995), "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura", en *La constitución de la sociedad*, Amorrortu editores.
- KIMERY, J., (1992), "El contexto olvidado", en *Historia y Fuente Oral*.
- LASALLE, A. M., (1994), "Investigadores frente al estudio del pasado de la comunidad de pertenencia", en *Actas de las III Jornadas de Estudio de la Narrativa Folklórica*.
- LASALLE, A. M.; MAYOL LASALLE, M. y COLOMBATO, J. A., (1997), *El largo viaje de Madame Soulié. Protagonismo de una educadora francesa en Santa Rosa, 1914-1924*, (en prensa), Instituto de Historia Regional, Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam.

Comentario

Además de la alternancia constante entre ficción y no ficción que pivotea lo histórico y lo narrativo, en "La Cazadora Perseguida..." de Ana María Lasalle nos asalta otro ámbito oscilante (¿documento o relato?) que es la "historia de vida".

En nuestra época la novela histórica escoge generalmente un personaje testigo, no verificable en el referente documentado, y desde ese topos o punto de vista re-elabora sucesos de los considerados históricos. La autora escoge un personaje específico de su región pampeana y asegura que lo hace (se trata de una protagonista mujer y pionera) más que para señalar las particularidades de una personalidad singular, para permitirse un muestreo de varios tipos de inserción social que desfilan en una época que va desde fines del siglo XIX al primer tercio del XX y que generalmente proceden de la Europa que no les puede dar cómoda cabida.

Lo notable es que la modalidad coloquial y decidora, casi casera de la escritora, incentiva su ambientación en una precisa colonia de inmigrantes (franceses en este caso) y fija sus modalidades, que por otra parte aún hoy atañen a desplazados y decididos a no cejar en empresas de adaptación que siguen realizando tenazmente ya lejos de sus orígenes primeros.

Y aquí otro cruce: Ana María Lasalle ve y relata, ayudada por la memoria de la gente, y, además de insertar historia de vida y modos fundacionales en Santa Rosa, La Pampa, se dibuja a sí misma, se sitúa en su procedencia, se perfila diferente en el nuevo arraigo y se mueve cómoda y actual en su condición de docente e investigadora, de escritora y también de personaje específico de un medio particular que la asume novelescamente a ella misma, contenida y sostenida por toda la información local.

Narra. Y construye o recupera gentes, espacios y peculiaridades que va requiriendo una novelística femenina en expansión en nuestra América, urgida por conocerse.

Irma CUÑA
(UNCom.)